

UNA BIOGRAFIA COLECTIVA- APUNTES SOBRE EL “NOSOTROS”

Saludo a los delegados, por el esfuerzo, la organización y la buena onda.

Hoy estamos en el Colegio, una vez más, como hace 20 o 25 años. Pero estamos acá de una manera distinta. Nuestra presencia es otra, la manera con la que habitamos este espacio es diferente; la ocasión del encuentro es tan fácil de definir como difícil es expresar las sensaciones que la acompañan. Las puertas que se nos abren en la imaginación, en el recuerdo y en las expectativas son completamente diferentes a las de los años que iban de 1982 a 1986 o 1987. Hoy no estamos en el Claustro Central viendo si hicimos los ejercicios de matemática, no venimos de oler ese aroma rancio de los docks abandonados cerca del campo de deportes y hoy convertidos en parrillas llenas de turistas. No tenemos un horario que cumplir a rajatabla y anunciado por el timbre y no estamos con libros en la mochila para devolver en la Biblioteca. Sin embargo, se nos colarán estos y otros recuerdos, un momento de melancolía parece casi obligatorio y es como una nube que sobrevuela esta fiesta y este lugar. Podríamos recordar al chanco sacrificado en el altar de la insurrección adolescente algo caprichosa, podríamos alucinar asambleas que llenaban el claustro central y que se negaban a tener que hacer el Ciclo Básico, podríamos recordar las milanesas del comedor alcanzadas con la mano y las pizzetas infames con las que castigábamos nuestros cuerpos juveniles. Sería una lista interminable de recuerdos, más o menos gratos, más o menos generales y más o menos rearmados con el paso del tiempo. Pero serían sólo recuerdos y la noche de hoy no nos convoca solo para recordar – algo que haremos inevitablemente con la gente que hoy elijamos y en las formas que nos parezcan mejor – sino para festejar.

Quisiera proponerles pensar hoy en un “nosotros”: pensarnos como una biografía colectiva, donde justamente los recuerdos son una parte, pero no el todo de este “nosotros”. Es claro que compartimos cosas tan pequeñas, que ni nos imaginamos su valor. Empecemos con el aspecto edilicio. Si miramos el color de la paredes de los claustros tenemos una imagen inconfundible, entrañable o terrible (según el recuerdo), que no la compartimos tan plenamente ni con nuestros hijos ni con nuestras parejas ni con nuestros padres, al menos no con la misma intensidad que la compartimos entre

nosotros. Esto mismo ocurre leyendo el libro “Ciencias morales” del compañero Martín Kohan, una obra de reciente aparición y explícitas referencias a este lugar: “Los alumnos bajan los brazos. Cada cual mira la nuca del compañero que tiene adelante. Una luz de día nublado flota siempre en los claustros del colegio; nada cambia que afuera brille el sol o no brille el sol.” Esa atmósfera, no siempre tan lúgubre como en este pasaje, es para nosotros inequívoca y evocatoria, no nos deja indiferentes y nos sugiere una pertenencia en común.

Tenemos, en efecto, esas imágenes comunes. Pero ese recuerdo general se diluye al instante cuando pasamos a ser más concretos. Esas paredes, con ese color que nos es un recuerdo común a todos y esos claustros de atmósfera inconfundible se transforman rápidamente en espacios distintos, según su uso. Unos habrán usado esas paredes revestidas de azulejos verdes como lugares para apoyarse mientras se besaban, otros para pegar carteles y panfletos, otros las verían como lugares donde apoyarse cuando el calor tórrido invadía los pasillos pero la pared aún estaba fresca, otros, en cambio, las recordarán como la línea que definía la fila formada antes de entrar en la división en nuestros primeros años.

Nadie puede expresar esas variedades de usos, algunos recordarán esas paredes con cierto escalofrío, otros, con cariño; otros, con profunda emoción. En fin, ese tipo de imágenes comunes nos juntan tanto como nos separan. Lo mismo podría decirse de los kioscos, del observatorio, de los gabinetes de física con aparatos inverosímiles, de la fotocopiadora y del tétrico servicio médico del subsuelo. Por eso, el “nosotros” que hoy les propongo para que nos veamos en él no pasa por ese tipo de recuerdos. Quisiera invitarlos a pensarnos un rato de otra manera. Quisiera proponerles que nos viéramos en tanto partícipes de una biografía colectiva. El colegio no es ese color, el colegio no son los claustros, aunque estar acá hoy, todos juntos, nos sugiere precisamente ese fetichismo de las paredes, los espacios y los objetos. El Colegio somos nosotros y lo que nosotros hicimos con ese espacio, con esas paredes y con esos años. Las paredes no hablan y nosotros sí, las escaleras de mármol de Carrara no recuerdan y nosotros lo hacemos. Claro que al recordar acudimos mentalmente a este edificio que nos albergó, pero somos más que lo que este edificio sugiere.

¿Qué tipo de nosotros sería el “nosotros” de una biografía colectiva? Una versión cruda nos dice: somos el producto de un examen de ingreso, incluido el esfuerzo y el azar que cualquier examen implica. Somos también, en una escala más pequeña, producto de un sorteo que definió grupos y facilitó unas relaciones y no otras, amén de algunos pases más o menos arbitrarios y esporádicos de turno. Somos también el resultado de cambios de planes de estudio con sus orientaciones y reagrupamientos que implicaron la creación de nuevos lazos el desgaste de otros. En esa versión algo cruda, el “nosotros” ya tampoco se define por este espacio común, sino por la institución, su organización, sus vaivenes y sus caprichos.

Aunque todo esto sea en parte verdad, hay otros determinantes, otras cosas que nos llevan a estar esta noche aquí juntos con ciertas expectativas. Y aquí es donde empieza algo específico, algo que solo en parte compartimos con otras promociones. Quizás uno de los azares más determinantes de este “nosotros” es lo que otros llaman la “suerte de haber nacido tarde”. Al contrario de los compañeros que vivieron el Colegio en sus años más oscuros, años de muerte, de persecución y de sadismo institucional, pudimos construir una cotidianeidad más libre e interesante, sin duda más difícil, ya que había que inventar nuevas reglas, pero con muchos más espacios para experimentar y crear, tanto a nivel personal como grupal. Haber escapado a las garras de la dictadura es un regalo del azar que compartimos y que nos constituye como lo que somos, más allá de todas nuestras diferencias.

Pero también tenemos la suerte de haber nacido temprano, aunque esto parezca una mala broma ante la inminencia de los 40 años que cumpliremos en los próximos 18 meses. Al haber estado en ese Colegio de la dictadura, que imagino que todos ustedes vivieron como opresivo, oscuro y, en muchos aspectos, inhumano, pudimos ver el contraste entre el antes y el después, pudimos disfrutar de la libertad como algo que no era evidente, sino que tenía ser ganado, trabajado todos los días. Compartimos la idea de que las cosas podían cambiar, aunque las direcciones que imaginábamos para esos cambios no solo eran ser distintas, sino, incluso, antagónicas. Ese pasaje del año 1983 a 1984, la certeza del fin de la dictadura, el sentimiento de liberación personal (y no meramente política) fue un sentimiento bastante general, de diversa intensidad, pero que imagino que marcó la biografía de muchos de nosotros y, con ello, la biografía de este “nosotros” hoy reunido en este lugar.

Déjenme detenerme por un momento en este pasaje personal y político que para algunos fue más personal y para los otros, entre los que me incluyo, mucho más político. Recuerdo algunas personas aquí presentes festejando a grito pelado las nuevas e inciertas posibilidades que veíamos en el inicio de esa nueva etapa. Y todos festejábamos con una ingenuidad que nunca más volvimos a tener. Ni antes ni después esas personas se interesaron demasiado por lo político y mucho menos por lo partidario, un interés específico de algunos obsesionados por la política, como el que les habla. Pero en ese momento algo mágico esos compañeros tuvieron la experiencia de la primavera democrática, a pesar de sus vaivenes, de sus contradicciones, de las desilusiones y las dificultades. Fue una experiencia de profunda de conexión, fue un momento donde lo que nos unía fue más fuerte que lo que nos separaba, los acuerdos implícitos más fuertes que las discusiones y las diferencias – que no desaparecieron – y que dejaron lugar a la alegría común. Por eso, creo que en el “nosotros” hoy reunido en esta sala está la experiencia del contraste, a la dulce edad de los 14 y 15 años, donde la revolución hormonal y la del contexto del país se fundieron en un cóctel que los chicos de hoy, que crecen en un ámbito libre de la amenaza de una dictadura militar, no conocen. Esto no nos hace ni mejores, ni peores, pero sí nos marca de manera diferente.

Este “nosotros” también tiene sus vaivenes, algunos se fueron por no poder repetir el año, otros eligieron irse en 1986, otros decidimos quedarnos un año más por razones que, en mi caso, me parecen algo nebulosas. Ese “nosotros” parecía destejarse, pero no desapareció. Algunos trabajaron en el Colegio, otros se reunían para jugar al fútbol, otros se encontraban en pasillos universitarios e, incluso, en lugares de trabajo. En esos encuentros, las voces iban y venían con anécdotas, chismes y sorpresas. Algunos cambiaban, otros estaban igual y otros evolucionaban según los ritmos de las profesiones, las familias y las decisiones de vida. Yo, personalmente, me fui del país en 1995, no sin cierta indignación por la reelección de un señor de patillas y acento riojano, pero me fui por una decisión propia, como tantos otros que hoy no están acá. Pero muchos de los ausentes con aviso por residencia en el exterior no fueron tan libres a la hora de decidirlo. Para poner un ejemplo que implica a algunos de estos compañeros cito una biografía, un destino particular: el del microbiólogo que trabaja hoy en una universidad del norte que no ha decidido tan libremente su lugar de residencia porque esa decisión estuvo marcada por las condiciones y posibilidades de desarrollo

profesional y los vaivenes de la vapuleada historia de nuestro país que le hace más difícil acceder a equipamientos de laboratorio, a alguna cepa de ratón especial y aún mismo a una actividad docente universitaria remunerada. Pero incluso en la diáspora, las redes del nosotros nos alcanzan y nos conmueven, nos sorprenden y nos revitalizan.

Quizás para el que se fue el hecho de que este “nosotros” tenga un aspecto más imaginario, menos real, pero no menos verdadero, es aún más claro que para los que se quedaron. Ese “nosotros” aparece en preguntas sobre qué será de la vida de tal o cual persona, aparece en las informaciones fragmentadas que recibimos y aparece también en nuestra imaginación. En mi caso, los imagino a ustedes con cacerolas en la mano o en colas fútiles de entidades bancarias perversas peleando por la rabia de los ahorros perdidos. Imagino vacaciones más o menos venturosas. Imagino fiestas de egresados universitarias o no. Imagino fiestas, por cualquier razón. Imagino cortes de carrera y reorientaciones personales y laborales. Imagino a muchas de las chicas en salas de parto, y a muchos de ustedes recibiendo a sus hijos primogénitos y a sus hermanos. Los imagino también con duelos, pérdidas, con ataques de risa. Los imagino con un cinismo creciente pero también con ilusión renovadas. Los imagino sobreviviendo, pero también viviendo bien, al menos tanto como para llegar hoy a vernos otra vez y vernos las caras marcadas por hiperinflaciones, por quiebres, por amores, por celos y por generosidades, por cambios de vida, por sorpresas y por uniones. Los imagino iguales y diferentes, más viejos, pero aún jóvenes. Los imagino, en suma, cargando partes diversas de este “nosotros” en sus vidas cotidianas.

Y es porque ese “nosotros” difícil, un poco irreal, un poco inventado, nada armónico ni homogéneo, existe intermitentemente y con distintas intensidades. Y es por eso que, de alguna manera, hoy estamos acá, para reforzarlo, para revisarlo, para conocerlo y reconocerlo y, también, para cambiarlo y actualizarlo. El “nosotros” necesita un update, nuevas versiones e, incluso, nuevos problemas. Espero que lo que hoy nos trae acá no sea solamente la actualización de las fichas personales de los compañeros marcando con crucecitas en la mente, casado/no casado, hijos/no hijos, con título/sin título sino que también estemos abiertos a la curiosidad, a la sorpresa, a la decepción y al redescubrimiento. Que este “nosotros” no salga del edificio colegio después de esta noche de la misma manera de la que entró, que se transforme un poquito, para bien o para mal. Que este nosotros se vea en el futuro y no solo en el pasado; y que este

nosotros – disculparán la frase tan poco afín al canon cultural de esta honorable institución – sepa cagarse de risa, que pueda con la ayuda del eco de las carcajadas, de la música y de las exclamaciones ahuyentar la bruma de lo que fuimos para dar lugar a la sorpresa de lo que somos y podemos ser. Y, por último, que este nosotros pueda seguir desarrollándose saludable, plural, conflictivo, oscuro y bello a la vez, para que todos y cada uno de nosotros estemos acá dentro de diez años para una nueva expedición y nuevos descubrimientos.